

PUBLICACION DEL "INFORME SMYTH"

Por Henry DeWolf Smyth

REPRESENTANTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA JUNTA DE GOBERNADORES DEL OIEA

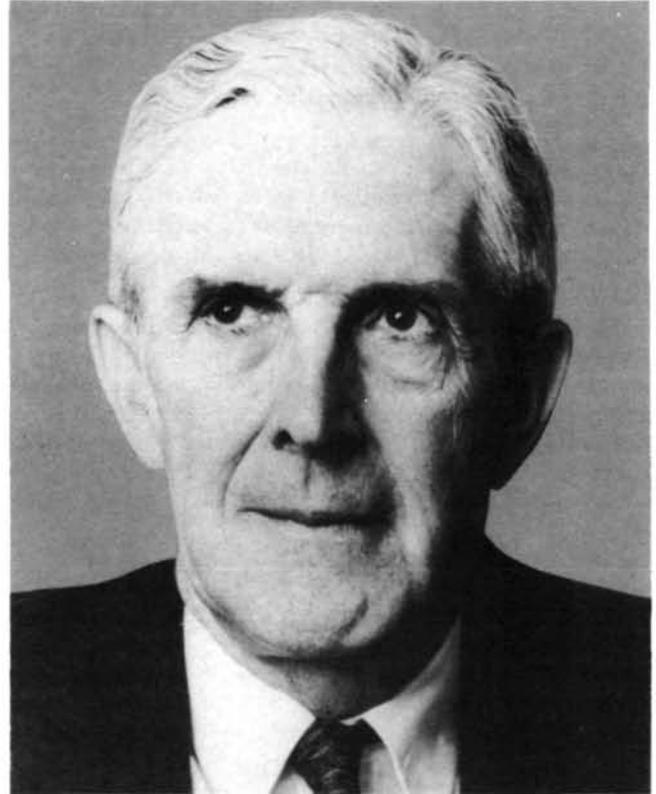
Es difícil imaginar una sociedad tan primitiva, una tiranía tan absoluta que se desentienda por completo de la "opinión pública". Por supuesto, la "opinión pública" puede estar constituida por un pequeño círculo de poderosos en torno al gobernante o por una multitud de campesinos hambrientos amotinados. Pero de todos modos es inevitable que se plantee el problema de lo que conviene decir y de cómo hay que decirlo. Esas dos cuestiones no pueden disociarse por entero.

En las "ciudades-estado" de la antigua Grecia, que a veces consideramos como la cuna de la democracia, las noticias podían comunicarse, por lo general, verbalmente. Los ciudadanos libres de Atenas (sólo unos 50 000 en su período de apogeo) podían estar bien informados en todo momento. En los Estados de mayor extensión era imposible comunicarse rápidamente con la mayor parte de los ciudadanos. La invención de la imprenta modificó radicalmente esta situación, ya que permitió la comunicación directa en países de extensión enorme. Por supuesto, las noticias llegaban con retraso, pero este retraso disminuyó considerablemente al inventarse el telégrafo y quedó prácticamente eliminado gracias a las emisiones de radio. Hoy no existe en este terreno ningún problema técnico. La población de un país puede estar informada al día. La única cuestión que queda por decidir es qué debe decirse.

Constituye un principio básico para quienes creen en la democracia que debe decirse a la población la verdad con la mayor amplitud y rapidez posible. En una democracia vigorosa y sana, la fuerza de la nación puede medirse por la forma en que la población reacciona ante las noticias, sean éstas buenas o malas. Winston Churchill lo comprendió muy bien al pronunciar el discurso que todo el mundo recuerda por la frase "sangre, sudor y lágrimas".

Sin embargo, no cabe la menor duda de que en una democracia el elemento esencial del éxito estriba en un término medio pragmático. Cuando se han entablado negociaciones delicadas, cuando se está luchando en una guerra desesperada, existen ciertas cosas que no conviene divulgar.

Hay informaciones que evidentemente deben mantenerse secretas, y otras que pueden ser reveladas sin reserva alguna. Pero a fines de la segunda guerra mundial se había acumulado con fines militares una información considerable que podía ser también valiosa en período de paz, y acerca de la cual había que adoptar decisiones. Más importante aún: las



Henry D. Smyth

transformaciones de la tecnología militar debidas al descubrimiento de la bomba atómica tenían que influir sin duda alguna en las principales decisiones políticas de interés, tanto para los estadistas como para la opinión pública en general.

Antes de terminar la segunda guerra mundial, algunas de las personas encargadas de dirigir la fabricación de la bomba atómica reconocieron la importancia de redactar un informe sobre sus trabajos. Ello podía resultar necesario, en parte, para justificar la inversión de fondos públicos, pero se estimó aún más importante exponer el enorme cambio que el descubrimiento de la bomba atómica exigía en la política mundial.

Detalle curioso: las propias personas encargadas de mantener el secreto reconocieron la conveniencia de redactar un amplio informe. Adujeron el argumento de que el número de personas que intervinieran en la fabricación era tan elevado y los descubrimientos tan espectaculares que resultaría imposible mantener un secreto absoluto. Llegaron a la conclusión

de que una revelación oficial suficientemente amplia establecería un límite que impediría la difusión incontrolada de las informaciones. Creo que los acontecimientos demostraron que esta opinión era acertada. La compartían, y es interesante advertirlo, tanto los que deseaban dar un máximo de información como los que deseaban reducir esta información a un mínimo.

No hay duda de que a muchas de las personas que trabajaban en la fabricación de la bomba se les ocurrió que era conveniente publicar un informe oficial. Recuerdo que en el otoño de 1943, encontrándome en el Laboratorio de Metalurgia de la Universidad de Chicago, hablé de esta cuestión con A. H. Compton y, poco después, con el Dr. Conant. Más adelante, esa cuestión se discutió con el Dr. Bush y el General Groves, y en marzo de 1944 se me pidió que iniciara la preparación del informe. Durante todo el período de preparación se mantuvo la incertidumbre sobre si realmente se publicaría mi informe. En un principio se decidió que el proyecto fuese muy completo. Luego, a medida que mi trabajo avanzaba, se fueron fijando criterios sobre lo que debía y lo que no debía decirse. Estos criterios formaban parte de las instrucciones que se me dirigían. El proyecto definitivo fue estudiado detenidamente, párrafo por párrafo, con el Dr. R. C. Tolman, a fin de adquirir la certeza de que me había atendido estrictamente a las instrucciones recibidas. Se obtuvo autorización para publicar algunos nuevos datos, como se explica en el libro *The New World* de Anderson y Hewlett.

La decisión definitiva sobre la publicación del informe fue adoptada por el Presidente Truman, por recomendación del Secretario Stimson, del Dr. Bush, del General Groves y de otras personas, en agosto de 1945, inmediatamente después de haberse lanzado las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Por muy grato que sea para mí que este informe oficial sea conocido generalmente con la denominación de "Informe 'Smyth'", este hecho resulta algo embarazoso. Mientras lo preparaba era seguro que se publicase con nombre de autor. Además, el título algo pesado de la versión oficial fue concebido como subtítulo. El título propiamente dicho debía ser "Bombas atómicas"; pero, por razones de seguridad, ese título, simple y revelador, fue omitido al prepararse la versión litografiada, y nunca se llevó a la práctica el propósito de añadirlo con un sello de caucho en el último instante.

Todo hombre de conciencia debe revisar de vez en cuando las decisiones en cuya adopción ha participado y preguntarse si fueron o no justas. Naturalmente, yo lo he hecho con frecuencia durante los 16 años que han transcurrido desde la aparición de mi informe, pero nunca he publicado mis impresiones. Como en este otoño se va a celebrar el vigésimo aniversario de la primera reacción nuclear en cadena y el azar ha querido que en los últimos meses se ha-

yan publicado cuatro libros * sobre el desarrollo de la energía atómica, estimo que ha llegado el momento de formular mis observaciones.

Antes de que se iniciara en los Estados Unidos la fabricación de la bomba atómica, en 1940, algunos científicos conocían los principios fundamentales en que estaba basada. Se sabía que los neutrones causaban la fisión del uranio, con la consiguiente liberación de enormes cantidades de energía. Se sabía que los neutrones que producían la fisión se reproducían durante el proceso y que, por tanto, podía producirse una reacción multiplicada en cadena con fuerza explosiva. Se sabía que el isótopo uranio-235 era más fácilmente fisionable que el isótopo más común uranio-238. Se conocían los principios de todos los procesos de separación isotópica que más adelante se emplearon. Se preveía incluso que se formaría plutonio por absorción de neutrones en el uranio-238 y que ese plutonio tendría propiedades de fisión análogas a las del uranio-235.

No se sabía si estos conocimientos podían utilizarse para la fabricación de una bomba nuclear con un valor militar efectivo. El bombardeo de Hiroshima, efectuado el 6 de agosto de 1945, aclaró definitivamente ese problema.

Esta fue la gran revelación: la bomba atómica podía ser fabricada.

Después de esta revelación, y teniendo en cuenta que los principios fundamentales eran conocidos en el mundo entero, no cabía la menor duda de que cualquier gran país industrial con científicos e ingenieros dotados de talento podía fabricar bombas atómicas. Era sólo cuestión de tiempo.

Por tanto, no existía la posibilidad de mantener indefinidamente las armas atómicas como posesión exclusiva de los Estados Unidos. Para determinar lo que debía o no publicarse, había que sopesar las ventajas de que la opinión conociera a fondo las consecuencias militares, pacíficas y políticas de la energía atómica y, por otra parte, la rapidez con que otros países podían llegar a fabricar esas armas. Además, la importancia de esto último dependía del juicio político acerca de la actitud de otros países con respecto a los Estados Unidos una vez terminada la guerra.

Existe otro factor que en 1945 no podía tenerse en cuenta, pero del que actualmente no se debe prescindir al juzgar si entonces se reveló demasiado. Al enterarme de las actividades de diversos espías respecto de la fabricación de la bomba se disipó en mi espíritu toda duda acerca del acierto de la medida encaminada a publicar el informe.

* *"Now It Can Be Told"*, por Leslie R. Groves
"Men and Decisions", por Lewis L. Strauss
"L'aventure atomique", por Bertrand Goldschmidt
"The New World", por Richard G. Hewlett y Oscar E. Anderson, Jr.

Creo que es totalmente imposible calcular hasta qué punto la producción de armas atómicas por otros países dependía de la información que se publicara en los Estados Unidos o de los datos que pudiesen obtener los espías. Probablemente, ni aquella información ni esos datos tenían gran importancia una vez conocidos los principios básicos y después de haberse demostrado la posibilidad de llevarlos a la práctica. En todo caso, era necesario realizar un enorme esfuerzo técnico e industrial. Suponiendo que se hubiese podido mantener el secreto, la fabricación de la bomba en otros países quizás se hubiera retrasado unos pocos meses, e incluso un año o dos; considerada esa cuestión en 1962, eso no parece muy importante. Los Estados Unidos no publicaron ningún dato sobre la bomba de hidrógeno. Sin embargo, la Unión Soviética consiguió fabricarla al cabo de poco tiempo.

El informe oficial no constituía, desde luego, un programa para la fabricación de un arma. De los muchos secretos importantes que no se divulgaron basta mencionar la naturaleza de las barreras de difusión de Oak Ridge y la anómala sección eficaz del xenón que casi impidió el funcionamiento de la planta de producción de plutonio de Hanford. Esos datos son de enorme valor para los hombres que quieren fabricar armas atómicas, pero tienen escasa importancia cuando se trata de hacer comprender la envergadura, el alcance y las posibles consecuencias del proyecto.

Para hacerse cargo de las grandes ventajas que presentaba para los Estados Unidos y para el mundo en general la descripción detallada del proyecto relativo a la bomba atómica, hay que examinar los acontecimientos posteriores y estudiar cómo se hubieran visto alterados si se hubiera tratado de mantener un secreto absoluto.

En los años que siguieron inmediatamente a la guerra, la bomba atómica y los problemas que planteaba fueron ampliamente discutidos. El primer problema importante, de carácter nacional, fue el de la conveniencia de establecer un control civil. El debate culminó con la aprobación de la ley McMahon, por la que se creó la Comisión de Energía Atómica. Es difícil imaginar cómo se hubiera podido entablar ese debate si no se hubiese dispuesto de información suficiente, aunque es muy probable que lo que indujo a la opinión pública a recibir con interés las infor-

maciones que se le ofrecieron fue sólo lo impresionante de los hechos principales; de todos modos, las decisiones adoptadas no revistieron la forma de decretos del poder ejecutivo, sino de leyes aprobadas después de debates públicos. Sin embargo, dudo de que nadie estime hoy que el programa de energía atómica -ni siquiera por lo que respecta a la fabricación de armas nucleares- hubiera sido más eficaz si se hubiese mantenido secreto y sometido a dirección militar.

Otra actividad importante de este período fue la tentativa de establecer un control internacional de las armas atómicas. El plan Baruch no fue aceptado, pero los debates que suscitó en el mundo entero tuvieron sin duda alguna utilidad y no hubieran podido producirse sin disponer de informaciones sólidas. El examen de todos los aspectos de las armas atómicas, de las pruebas realizadas con dichas armas, de las precipitaciones radiactivas a que dan lugar y de las consecuencias políticas de esos descubrimientos ha podido proseguir gracias a la gran cantidad de información facilitada durante los 15 últimos años. Para quienes creen que las esperanzas de paz en el mundo moderno dependen de que la opinión pública esté bien informada y vigilante, la información difundida se acerca más al mínimo necesario que al máximo apetecible.

Las aplicaciones pacíficas de la fisión nuclear corresponden a dos esferas generales: la de los radioisótopos y la de la producción de energía. Aunque su importancia comercial es aún reducida, el empleo de los radioisótopos en la investigación, la medicina y la industria está cada vez más generalizado. La energía de origen nuclear ha resultado más costosa de lo que se esperaba, pero ofrece al mundo una reserva de gran importancia. Es probable que las centrales nucleoelectricas contribuyan a aumentar de modo importante las fuentes de energía en el próximo decenio. En la medida en que el informe oficial puede haber acelerado estos hechos, su publicación es sin duda digna de encomio.

En suma, creo que las personas que adoptaron la decisión de publicar el informe prestaron un gran servicio a los Estados Unidos y al mundo entero.